

Ideas acerca de un maestro

Costumbre nuestra hase vuelto el operar con las voces "CIENCIA" y "POLITICA" cual si fueran valores cotizables en las Bolsas de Negocios. Los mismos caracteres se les atribuyen. Idéntica fluctuación ficticia tienen. De parecida incertidumbre adolecen. Convirtiéronse en vacuos logogrifos, cuya amalgama no es de letras porque la integran el fervor momentáneo, la esplendidez superflua, cuando la insania y el favoritismo permanecen ausentes. Como la causa del éxito de un título bancario disfruta de orden psicológico en grandísima parte, así una generación anímica en la opinión popular es el motivo de los nombres que anoté arriba. Esa generación que se fabrica por los notables de un conglomerado que no poseen para su provecho preeminencias ciertas, sino atributos ligeros, resultantes de una "burrasca pasajera" en su país mental o en los elementos meramente vulgares de su sociedad. Cree la "élite" privilegiada que pertenencia suya absoluta es el pueblo o la ciudad que los aloja, que les está sujeto el cielo brindador de estrellas y de extáticos placeres, el peñasco solitario que se eleva en frente para indicar al hombre que el ideal de la vida está en la propia superación y para llevar la tierra por entre el azul lontano hacia las alturas que enarbolan las evaporaciones en albos penachos de nubes.

De ellos es la opinión que se supone pública, la opinión que jamás muestra sencillos constitutivos: fórmanla el enjambre de arreglos convencionales, el prejuicio, la consideración prevista, el fin preconcebido; a esto se agrega el interés que origina sus diversos mutamientos. Es decir, sepárase la ceca de lo que a su propósito pensamos. No hay aquel fructífero reflejo de la materia en el cerebro que hace la imagen semejante a lo representado. No existe ecuación entre la idea y el determinante. Se admite algo y de ahí comiézase a deliberar. Pronto viene el trecho inmenso de la indiferencia que aleja el problema hasta encerrarlo en las brumas de la conjetura. De tal manera puedo explicarme el sinnúmero de opiniones equivocadas que todos conocemos: proceden de error en el método de gestación y no del propio pensamiento.

Siempre utilizáanse los mismos medios para forjar la lucubración. Su yerro proviene del acoplamiento de unos con otros.

En el caso especial que contemplo interviene particularmente para tergiversar nuestro obtenido el considerando del peculio de los sobredichos notables que da al traste con la bonanza lógica y ética de los argumentos. Obedece aquí la opinión a su simple capricho. Principalmente en cuanto atañe a las palabras en cuestión, ya que tienen fuertes enlaces con la tranquilidad común.

Son los primates quienes distribuyen los calificativos de "CIENTIFICO" y "POLITICO" a su antojo. Parten de cualidades necesarias al agraciado, pero en el viaje de su arbitrio otorgamiento olvidan lo general para perderse en menudencias. La voluntad del corro se impone con facilidad ante situaciones casi insolubles. Si a parecida especie de dádivas me atuviese, terminaría por convencerme de que la ciencia es patrimonio de los imbéciles y la política propiedad de afortunados ínclitos, tocados de las ventajas del genio. mas haci-nados en la infamia moral de la contumelia, el prevaricato y la desidia.

Según mi sencillo modo de ver, la Ciencia es aquel substractum de sabiduría que resta en la mente de los talentosos, luego de prolijos y circumspectos estudios. Y la política el arte de poner al servicio de la Cosa Pública una grande o una mediana preparación científica. Sin desear repetir el concepto socrático de que "Conocer es saber y saber es obrar". El saber depende de una mera función de inteligencia que no puede comunicarse directamente con las obras. Cae en una valla ingente el acto especulativo cuando pretende salirse de su campo: la contemplación en lo encrumentado trágico que llamamos infinito. Uno de los abismos que encuentro ante mí es esa diferencia absoluta entre oficios igualmente humanos: se sublima acá la materia en tanto que acullá adquiere brutalidad que tampoco es suya porque gana lo inerte si la miramos íngtima. Son dos polos, dos extremos que se desgarran en su conjunción. Al saber, portamos algo que exorna nuestro patrimonio noble. La voluntad, el ansia de sentirse, de ser, nos incita al movimiento de la materia que es mísero lacayo de los nervios. La ciencia —la pura ciencia— sólo tiene de lo especulativo. Tal la razón de que no le atribuyese fin inmediato, que es aquello para lo cual se hace algo (Id propter aliquid fit), con la esperanza de un bien o de un mal cercano. Materia, por el contrario, compone la política, sobre todo si entendemos bajo su apelativo lo que vemos a diario.

De aquí que la política obsequie fortunas, mientras la ciencia crea los varones débiles, pacatos y precavitos que cuentan las horas en el mudo estrépito de las letras que se aglomeran en los alrededores de sus ojos. La primera engendra chispas incendiarias que pare por las bocas de sus áulicos, desmelenados todos y ensoberbecidos por la gloria que se doblega ante el poder de su suerte y bajo la gracia de las componendas. La otra da vida a mansos que definen la pequeñez de su sér y aman la soledad, vigía perenne de la confusión que se expande en la barahunda cotidiana, exquisito cáliz, pleno del acibar que se le introduce, pero rebozante al tiempo del júbilo sacrosanto de conocimientos íntimos, que adivinamos solos y no en el maremagnum que nos arrebatara de nuestro interior y nos deja ridículos en la batahola, grueso dique, impedimento para la introspección, puesto que apenas permite observar el atiborrado conjunto de fuera.

Si en la verdadera realidad de doctrinas hallamos tantas condiciones que favorecen al político en su trato con los demás hombres, ¿qué habrá de suceder apartándonos de la teoría con el anhelo de entrar a lo que se practica? Agigántanse las indicaciones consignadas y arrójase sobre el científico la catarata del desprecio que conduce guijarros de insultos y piedronas de imprecación. Ya no es la política el arte magno que debiera, ya no es utensilio de estadistas que fomentan el progreso patrio mediante su total entrega, ni la vida de quien se menosprecia para enaltecer la raza. En el mucílago de su desmembramiento lleva raíces podridas y maloliente viscosidad. Aquella preparación científica tórnase bombo desmesurado de adláteres y el deseo de servir a la República en el de favorecer su personal bienandanza, sin preocuparse por que en el derredor se revuelque la miseria hedionda que despedaza entre sus garras al hombre, impidiendo la familia, la fuerza, el adelanto y todo lo que hace patria, belleza y gloria.

La vanidad que aterró al viejo Salomón es el numen de los políticos. El resto se echa a un lado porque quizá desbarataría el formidable castillo de la grandeza. Vana grandeza plagada de inmundicias! El político prospera porque desdicha del género humano es plegarse a los astutos. Cuando encuéntrase el individuo que dé el golpe afortunado en un caso difícil, al presentarse el semidiós que desbarate la telaraña de algún conflicto económico, se le sube a lumínico pedestal desde donde puede aplastar los auténticos valores. El político prospera por exclusión. Pudiera decir: "El mundo soy yo, lo demás es nada", porque para la obra constructiva de su per-

sona únicamente no le estorban los gregarios amigos que se confunden en su gloriola.

El científico, en cambio, requiere la ayuda, la unión, la cadena de entramamientos que eslabonan el saber con paso lento de caminar firme. No puede regalar nada: todo se halla involucrado en su cabeza. Se le deja entonces. Los jefes y la masa son los maestros del utilitarismo. Obligado está el científico a contentarse con aquella satisfacción que sale de lo recóndito del ser cuando obramos lógicamente. El amontonar de conocimientos, las consultas, las lecturas, las conclusiones, reemplázale el ir y venir de cantores en su lcor. Es un islote en medio de la tormenta, contra el cual muge el mar de la envidia y sobre cuyos flancos asciende la marea del descontento con ademanes corrompidos.

Me atrevo a comparar el caso de los políticos y científicos con lo que acontece entre los trabajadores de carreteras y los pobres rústicos. Los obreros públicos no ignoran las artimañas de la intriga y los modales simulados que cercenan lo inmovible. El campesino sólo conoce su surco, su zquizamí y su esquelética vaca. No persigue otra cosa que estar tranquilo y vivir sosegadamente con su familia. Trabaja para el campo, que es su deleite, su pasión. Es meditabundo y tímido, idolatra con su cuerpo y pide con su corazón.

Cabalmente del terrenal resultado que otorgan científicos y políticos depende el poco número que de sabios hay entre nosotros. No podemos acatar el precepto benthamista de despreciar un bien próximo para gozar después de uno mucho mayor. Pedimos éxitos rápidos aunque efímeros: la superioridad del político seméjase a la belleza de la mujer: dura días. Empero, individuos que son científicos casi completos, aun cuando no se enrolen en actividades propiamente políticas, sí viven como políticos, con su audacia, su anhelo desesperado de sobresalir, su bombo y sus segundones. De origen similar es la pasión política de todos nosotros los jóvenes. No nos creemos con fuerzas suficientes para resistir a la tentación de ser algo pronto, sin ver que en la ciencia se va paulatinamente, mas se construye para la posteridad la perpetua mansión del prestigio verdadero.

Con íntegro el mérito que reúne un científico, según lo expuesto, escribo reverente el nombre de José María Restrepo-Millán.

Vive todavía. Diminuto, flexible, nervioso. Por sus cabellos ralos barbota la peculiar inquietud. El rosotro es enjuto y movible como una bola de acero anunciadora de tempestad. Su risa pone de presente las meditaciones luengas. El cojo

andar nos recuerda sus tonos al leer los versos latinos. Su pie derecho afirma el fin del compás, sus manos temblorosas y su movimiento alarmado de la cabeza nos describen la emoción interna. Un diablillo escapado se nos dibuja con sus carreras constantes.

Hijo del benemérito anciano doctor Restrepo-Hernández, continúa él una trayectoria de superestimación, sigue una tarea de prósperas cosechas en los trabajos intelectuales que honran al país. Su educación se desarrolló en el Colegio Del Rosario donde recibió honores y se distinguió entre los principales. Rasgo que nos enseña su entereza de carácter es el relacionado con el problema religioso. Miembro de un hogar excesivamente católico, discípulo de lo que podríamos llamar centro de la filosofía tomista, llegó a la edad del raciocinio, de la valuación ideológica y se sintió defraudado ante las creencias que se le habían imbuído. Esta anécdota sintetiza sus conflictos por dicha época: Contósele a su padre que el adolescente era liberal. La respuesta fue categórica: Siempre he sostenido que no sirve para nada. Ante el progenitor ilustre que veneraba el dogma cristiano, planteó sus dudas y se acogió a los dictados de la conciencia. Salió del caos no reconociendo Hacedor y relegando al olvido toda religión. Sólo se lanzó a la lucha, sin el freno de preceptos que comunmente se bota para infringirlos, pero con una contextura moral irreprochable. Con el trazo preciso de una línea de conducta, recta, tendida directamente a fin noble y alto, a efectos magníficos del acumen conducido por una voluntad sin quebrantos.

Juan Jacobo Rousseau sostenía que el hombre puede conocerse por los detalles insignificantes mejor que por la nimia aglomeración de hechos decisivos. Ellos, creo yo, simbolizan el espíritu latente que somete al individuo y el apetito predominante que subyuga a todos. ¿Acaso no es valeroso quien ve su casa amenazada? La generalidad triunfa. Una costumbre, un hábito, un saludo retratan, por así decirlo, al personaje. El, en su sencillo automóvil, con su sombrero más alto de un lado, tiene a poco la compostura externa para dar ensanche a lo de dentro.

Maestro! No busca más: claro está que la ciencia es el primer escalón. Sus otras ocupaciones las determina la necesidad. No puede vivirse de la enseñanza y tócale al profesor distraerse de lo más sagrado que hay en su existencia. Siente la vocación hacia el magisterio, no como tántos, para repletar las cabezas de notas que aprendieron con la memoria. Comprende que el maestro es un padre que, si de su carne no

hace los hijos, ha de formarlos con laboriosidad perenne, con dedicación y afán, descubriéndose sin egoísmo: desde cuando tal cizaña pulule en el corazón de un catedrático, ya es practicante del fraude. Se aterra al pensar en el institutor que sitúa delante de sus alumnos una barrera infranqueable: tiranízase así la pedagogía y de la noble ocupación se pasa al suplicio de los inferiores, medrosos y asustadizos por la férula invisible que saca sangre no de las manos castigadas pero sí del alma compungida.

Para él resulta verídica la inconveniencia que señalaba un egregio francés en la impenetrabilidad de muchos profesores y en su poco contacto con los educandos. Se requiere indagar el respaldo científico de quien dicta una clase para tomarle afición a la materia. Y nuestros autores de conferencias que leen en su mente los apuntes, suscitan la idea del conflicto que produce repugnancia. Restrepo-Millán ha querido hacerse maestro según su experiencia. No olvida los amargos ratos de su juventud, durante los cuales, en su banca, oía una traducción hecha o un concepto de libro vivificado por cualquier huraño. Aspira a ofrecerse ecuánime y humilde, que la afectación siempre lleva al ridículo. Le interesa obsequiar novedades, le descontrola imaginar que pueda entregarse a la rutina y, cada día, entra al aula después de asimilar serios estudios.

Como científico, no debe extrañarnos, pues, que se consuma en quedos trabajos áridos. Desde los cinco años empezó a aprender latín y bien ligero manifestó su amor a la lingüística. Estudió el griego, viajó a los Estados Unidos de América y habló el inglés y el griego moderno. Conversaba el alemán con su digna compañera y domina el francés. Los idiomas no le son vocablo tras vocablo: a cada cual le averigua su proceso y su estructura, y de ello saca una concepción que le permite abarcar las cuestiones de la fonética y la concordancia. De ahí recoge seguridad en las literaturas extranjeras. Con métodos diferentes le hubiera sido imposible trasladar al inglés todos los debates del congreso a propósito de los negocios petrolíferos que vi en un volumen oficial.

Escritor sereno, sus páginas españolas están embalsamadas por el munífico aroma de la convicción. Respírase la paz de su gabinete y conjúgase en las palabras el fenómeno espléndido de la naturaleza, verde de lozanía y roja de euforia con su "micro-mundo", el cual capta las sensaciones para pulirlas con el cincel del juicio que desprende lo inútil y deja un articonjunto sutil en sus maravillas.

Se ha consagrado traductor: del alemán vertió a nuestro

idioma "Las Leyendas Chibchas" —CHIGHIS MIE— de la condesa Gertrudis von Podewills-Dürniz. A la germana precisa reconocerle su compenetramiento con la prístina historia colombiana y a Restrepo-Millán el transportarnos con su elegante castellano a vetustos días gloriosos, mas agobiados también por el tedio; alegres, sin que a la vez sombríos en sus ritos de omnipotencia triste. Nada valdría una traducción si copiase voz a voz. Y en las frases de transplante, para que agraden, fuerza es encontrar mucho nuestro y muy mucho de quien las traduce. Esto experimentamos al leer el libro de las Leyendas en el vocabulario de Castilla.

La obra suprema del doctor Restrepo-Millán es un pensadísimo libro que vino al público gracias al Ministerio de Educación Nacional: "Horacio—Su lírica ante el gusto moderno." El insigne latino merece toda su devoción, así como la de otros colombianos, verbi gratia, la del maestro Ismael Enríque Arciniegas, para que baste una cita. El poeta regala sus versos traducidos y el científico un marco de estudio y de pensamiento. Revélase el profesor como un erudito psicólogo. Construye la vida del romano partiendo de cortas proposiciones y nos acerca al compañero de Mecenas, servidor de Augusto.

Así escribe quien conoce, sabe y quien largo tiempo ha meditado el tema. Muchos libros hay que se llevan en extensión lo que les falta de profundidad. Los largos párrafos que necesita el mediano para suscitar una idea se reducen a líneas en el sabio.

Admiremos hoy a José María Restrepo-Millán, consagrémosle una salutación laudatoria y no esperemos que sea el tiempo una hoja de laurel. No aguardemos a que estudiosos posteriores reconozcan su talento, y formulemos votos fervientes porque siga en el sendero de la ciencia, áspero sí, mas precioso en su suavidad divina. Si no recibe las delicias momentáneas de la política, honrémosle nosotros!

AUGUSTO ESPINOSA